



Las Cartas de San Pablo

1ª Carta a los Tesalonicenses (1 Tes)

San Pablo evangelizó Tesalónica en su segundo viaje, quizás -en el invierno del años 49-50. Era y es una ciudad populosa, la segunda en importancia después de Atenas. Situada estratégicamente al fondo del golfo, su puerto era uno de los mejores en comercio y seguridad del mar Egeo.

No existen dudas sobre la autenticidad paulina de esta primera carta a los Tesalonicenses, que parece ser el primer escrito del Nuevo Testamento, para el que San Pablo, casi con seguridad, se sirvió de Sílas y Timoteo como amanuenses.



Primera Parte

Acción de gracias (1 Tes 1.2-3,13, que se prolonga en los tres capítulos (1 Tes 1,2: 2.13: 3.9).

Acción de gracias

El saludo es efectivamente conciso. Palabras escuetas, pero llenas de contenido teológico. La carta es de dimensiones modestas y más pastoral que doctrinal.

San Pablo la dirige a la iglesia de los tesalonicenses. -Es confortante constatar que el nombre «iglesia» resuena ya en la primera página del Nuevo Testamento. Pablo escribe a una comunidad de fe. Le interesan los individuos, pero, en línea con el pensamiento bíblico, su objeto es, en primer lugar, la comunidad de salvación; y, aunque el término iglesia designe directamente la comunidad cristiana local, se refiere a la Iglesia Universal en cuanto nuevo pueblo -de Dios. San Pablo tiene clara conciencia de la realización concreta y única de la Iglesia de Jesucristo.



Fe, el amor y la esperanza

Resalta la mención de la fe, el amor y la esperanza como realidades constitutivas de lo específico cristiano; los tres componentes fundamentales de existencia cristiana, están agrupados

(1 Tes 3,6-8; 5,8), sin duda, en una formulación anterior a esta carta. Son muy significativos los calificativos que emplea el Apóstol; es una fe activa, un amor esforzado, y una esperanza firme. En efecto, el cristiano que cree, alcanza la salvación y la luz, mientras el increyente pertenece a las tinieblas (1 Tes 4,14; 5,5); la fe ha de encarnarse en la vida con energía dinámica y operativa que conlleve la conversión (1 Tes 1.9) y el servicio (1 Tes 3,6.10.12; 5.8). El cristiano ama, tiene que amar, no de forma sentimental, el amor de veras exige desprendimiento y generosidad; por eso reseña el esfuerzo del amor y, a la vez, previene contra el cansancio. El cristiano espera. Su esperanza lo proyecta hacia un futuro sublime y glorioso (1 Tes 4,17) y, por ello, anda en inagotable alegría, mientras que los que no esperan, van abrumados bajo una irremediable tristeza (1 Tes 4,13). Pero, el cristiano, que aguarda, no se coloca fuera del mundo, debe, con responsabilidad, vivir en el mundo intrépidamente aquí y ahora en la realidad de esta historia.



(1 Tes 2,7-8.11). El anuncio del Evangelio tiene que ser ante todo un servicio de amor. No imponer, sino proponer. Y proponer siempre con amor.

En 1 Tes 2.15-16, se halla una durísima invectiva antijudía, entre la que Pablo menciona por primera vez los temas de la salvación y el de su específica tarea de apóstol de los gentiles. Sorprende la crudeza de la polémica con sus compatriotas judíos; además de hacerles responsables de la muerte de Cristo, se adelanta al conocido historiador romano Tácito, al acusarlos de "alimentar un odio visceral contra todos los demás hombres" (Tácito. Hist. V. 5). ¿Como se compagina este pasaje con Rom 9-11 donde el apóstol manifiesta un amor entrañable por todo el pueblo judío para el que prevee una futura salvación definitiva? La dificultad, aunque es seria, cabe explicar que, entre 1 Tes y Rom, han pasado siete años y el pensamiento puede haber experimentado un significativo cambio, tanto en sentimientos, como en perspectiva teológica. En efecto, cuando escribe 1 Tes acaba de pasar amargas experiencias con los judíos (Act. 17,5-7.13; 18,6) y es posible que esté pensando en ese grupo reducido de judíos enemigos acérrimos del Evangelio, imitadores de quienes mataron a Jesús. Por otra parte, en este momento de su vida, Pablo aún está convencido de la inminencia de la venida gloriosa del Señor. Será el juicio de Dios anunciado por los Profetas (Is 13,9). en que el Israel infiel tendrá necesariamente que perecer. Sólo un resto se salvará.

La comunidad cristiana de Tesalónica es fruto de la palabra de Dios proclamada. a través del Apóstol, palabra escuchada, acogida y vivida. Pablo quiere a los tesalonicenses y expresa su profunda añoranza por esa comunidad; se siente huérfano sin ellos. De ahí que manifieste unos deseos incontenibles de volver; dice que los tesalonicenses son su esperanza, su corona de gloria, su alegría, lo mismo que años más tarde dirá de los cristianos de Filipos (Flp 4,1). Deseaba estar con ellos. Pablo entendió que en aquel momento sólo podía hacerlo por carta. Y nació la primera carta del Nuevo Testamento. Nació del amor de un apóstol por su comunidad.



Concluye Pablo la primera parte de la carta con una reiterada acción de gracias, un deseo y una súplica. Acción de gracias porque las buenas noticias que le han llegado, está seguro, se deben al auxilio y la intervención de Dios. Un deseo ardiente de volver a Tesalónica por-que resta aún mucha tarea por hacer. Y una súplica en la que Pablo quiere dejar bien claro que lo más importante en la vida cristiana es crecer y sobreabundar en el amor, el amor que contempla a Cristo, un amor desinteresado, comprometido y práctico que no huye de los problemas concretos del mundo presente.

Que exige anunciar el Evangelio

Durísima invectiva antijudía

La comunidad cristiana de Tesalónica

Acción de gracias